

MANUEL ALVAR
(1923-2001)

En agosto del pasado 2001 murió el maestro Manuel Alvar, y su muerte, afrontada con la admirable serenidad de los hombres buenos, nos ha dejado un poco huérfanos y bastante entristecidos. Podría decirlo de muchas maneras, pero difícilmente expresaría como debiera nuestro sentido pesar manifestado por tantos colegas, amigos y discípulos en los meses transcurridos desde su fallecimiento.

Había nacido el profesor Alvar en Benicarló (Castellón) el 8 de julio de 1923. En 1945 accede a una plaza de profesor en la Universidad de Salamanca y sólo tres años más tarde obtiene la Cátedra de Gramática Histórica de la Universidad de Granada. Posteriormente, ejercería su magisterio en las universidades Autónoma de Madrid y en la Complutense, aunque su enorme vocación docente e investigadora lo llevó a impartir cursos y conferencias por todo el mundo hispánico y en otros países, como Alemania, Holanda, Austria, Bélgica, Suiza, Italia, Francia, Japón y China, en los que disfrutaba de un prestigio ampliamente reconocido.

Premio Antonio de Nebrija y *Premio Nacional de Literatura* son algunas de las numerosas distinciones cuya simple enumeración alargaría considerablemente esta nota. Entre 1988 y 1991 dirigió la *Real Academia Española*: bajo su mandato se consiguieron importantes logros y se emprendieron nuevos proyectos.

Sería redundante que desde las páginas de esta *Revista de Filología* me detuviera a relacionar tan vasto historial. Sus numerosas publicaciones científicas y de creación (un centenar largo de libros y más de setecientos títulos) conforman el que es uno de los mayores currículos de la Filología española. Su mayor empresa fue la elaboración de los distintos atlas regionales, por lo que se le considera el primer dialectólogo del mundo hispánico; pero, además, Manuel Alvar fue pionero en la sociolingüística, disciplina nueva y emergente, con cuyos trabajos comenzó su implantación en nuestro país.

Su vinculación con las Islas y con nuestra Universidad fue siempre muy estrecha, y, aunque fue objeto de homenajes y reconocimientos, como el nombramiento de *Doctor Honoris Causa*, difícilmente podríamos compensar la enorme deuda contraída. «Lo que Alvar ha hecho por la filología de Canarias y, en general,

por la cultura de Canarias —afirma Maximiano Trapero en la reseña a su libro *El dialecto canario de Luisiana*—, es algo que Canarias y los canarios nunca agradeceremos bastante».

La amplísima bibliografía relacionada con el estudio de nuestra modalidad dialectal es una buena muestra de la magnitud de su producción. En 1959 aparece *El español hablado en Tenerife*, obra con la que se inicia la investigación dialectal de las hablas canarias. Luego el *ALEICan* (1975-1978), base de todos los estudios realizados después (en 1964 había publicado el *Cuestionario del ALEICan*, de gran utilidad para los que se iniciaban en la geografía lingüística). De 1972 es *Niveles socio-culturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria*, libro que inaugura la investigación sociolingüística en nuestro ámbito. *Islas Afortunadas* aparece en 1975 y en 1982 se publica su magnífica edición del *Diccionario de Historia Natural* de Viera y Clavijo, con un exhaustivo estudio introductorio.

Numerosos trabajos que Manuel Alvar había publicado en diversas revistas se recogieron en *Estudios Canarios I* (1968) y *Estudios Canarios II* (1993). *Mis Islas*, que había aparecido en 1990, es una «confesión expresa y emocionada» —dice el profesor Trapero— del amor que Manuel Alvar sentía por esta tierra y por sus gentes, «pero, a la vez, la proclamación objetiva de que las Islas Canarias son, por la geografía en que están y por la historia que han jugado, el verdadero centro del mundo hispánico».

Tan extraordinaria como su talla intelectual era su calidad humana. Sus colegas y amigos lo recuerdan como un hombre de carácter abierto, simpático y con una conversación que era un auténtico placer, y sus alumnos refieren con asombro cómo aquel profesor distante por su estatuto y por su trayectoria académica se volvía cercano y comunicativo en la proximidad del aula. Personalmente, no tuve la suerte ni el placer de figurar entre sus discípulos directos, pero sí fui beneficiario —como muchos— de su magisterio y de su extraordinaria generosidad en numerosas ocasiones.

Don Manuel se fue con plena conciencia de su inexorable partida. Y se despidió, con serenidad, de las tareas intelectuales: «Escribo en junio de 2001 y por ahí quedan muchas ilusiones —reza en el Prólogo de su *Español en dos mundos*—. Este es el último libro de mi quehacer. [...] Es mi adiós a unos *quehaceres* muy queridos y muchos años vividos apasionadamente».

Y vino a despedirse de todos nosotros: nos impartió sus últimas lecciones y nos volvió a recordar el papel trascendental de las Islas en la configuración del Nuevo Mundo: «Canarias —escribió en el penúltimo capítulo de su obra postrema— conformó la realidad americana: con sus hombres, con sus mitos, con sus costumbres o con su cultura».

La muerte de don Manuel es una pérdida irreparable. Y, ahora, a uno le gustaría no ser lingüista para ignorar las grandes limitaciones expresivas que en ocasiones nos presentan las palabras.

HUMBERTO HERNÁNDEZ
 Universidad de La Laguna